

# Ante el por

# Portal Oswaldo Diaz

**E**L PASTOR viste unas calzas atadas a las piernas con correas y se abriga con una pelliza de piel de oveja. Del hombro le cuelga un morral y le defiende el rostro un sombrero ya muy traído y llevado. Está sentado al pie de un árbol, sobre un prado fresco; a su lado medio dormita un perro y un pequeño rebaño parece esparcido a pocos pasos de ellos. El pastor levanta una mano a la altura de la frente, para guarecer sus ojos y poder tender la vista a lo lejos. No se puede decir si lo que mira es la estrella brillante o el abigarrado cortejo de los Reyes Magos. Tanto el pastor como el perro y como los Reyes son de pasta y este año—como todos los anteriores— han aparecido sobre un pesebre tradicional: Un pesebre con árboles enanos, cubierto de musgo oloroso a monte, con una cascada de papel de estaño, un camino de arena, un puente, casas de cartón, figuras de porcelana y de pasta; todo ello disperso y acomodado sobre un panorama variado de colinas, llanadas y repechos. Un lago minúsculo refleja la estrella y un ángel vuela en silencio llevando en las manos el letrero de oro del Gloria in excelsis.

Como es de noche, una noche ya muy entrada, y ha pasado la hora de la novena y los villancicos, la habitación en donde está el pesebre se halla vacía y en silencio. Por una ventana entra un poco de luz de la luna y a través de sus cristales se ven, sobre el cielo de diciembre, las estrellas de este mes, tan brillantes, tan cercanas, tan amigas.

Tántas veces han aparecido las figuras y cosas de este pesebre al llegar la novena del Niño, que todas ellas se conocen entre sí y, cuando es la noche y ya nadie puede venir a sorprenderlas, conversan de las cosas que han visto, recuerdan los viejos tiempos y se entretienen hasta cuando el día asoma con luz rosada de aurora y las obliga a callar. Naturalmente no conversan tan sólo las figuras humanas. También los animales, los árboles y todas las cosas del nacimiento adquieren la virtud de la palabra cuando las gentes duermen sin sospechar nada de todo esto.

Ahora el pastor se dirige a su perro.

El pastor: —¡Despierta, Guardián! Mira, este año han traído algunas cosas nuevas. Ese elefante no había venido antes.

El perro: —Sí. Ya he conversado con él. Era un juguete de los niños pero ya se cansaron de él. Ahora van a guardarlo con las demás cosas del pesebre.

El pastor: —Esta vez han arreglado la ciudad de cartón de modo diferente. En la mitad de la plaza han colocado una fuente y la han llenado de agua.

El perro (mobino): —Son las nuevas ideas sobre decorado urbano.

El pastor: —De muy mala guisa estás esta noche. El perro: —Sí. Como tú no te mueves de debajo de este árbol, no te enteras de nada. Yo, en cambio, he paseado por todo el pesebre y soy quien averigua las cosas.

El pastor: —Está muy bien, ese es tu oficio. Pero, ¿qué es lo que te tiene así?

El perro: —Aprovécha de tus ojos y mira allá. Al otro lado del desierto. ¿Qué ves?

El pastor: —No alcanzo a distinguir bien. Mis ojos ya no son los de antes. ¿Recuerdas? Nada se me escapaba. Eso que dices, más allá del desierto, parece un grupo de gentes. Pero no es el cortejo de los Reyes. Ese lo veo muy bien, ya casi llegando al portal.

El perro (despectivo): —¡Cortejo de Reyes! Mira bien, es una compañía de soldados.

El pastor: —No lo creyera. Los últimos soldados que vi vestían pantalones rojos y dolmán azul con charreteras de trenillas de oro. Esos que dices ni siquiera se distinguen del musgo.

El perro: —Es que se hallan mimetizados en el terreno.

El pastor (intrigado): —¿Qué dices? ¿Cómo es esa palabra nueva?

El perro: —Mi-me-ti-za-dos.

El pastor: —Pues, por despacio que la digas, no la entiendo.

El perro: —Ya te irás enterando. Es un colmo de contrasentido hacer desfilar una compañía de soldados debajo de ese letrero que sostiene el ángel: Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

El pastor (bondadoso): —Cierro, resulta un poco contradictorio, pero tú sabes que nunca se ha exigido gran concordancia en el pesebre. Si no fuera así, ¿cómo te explicarías que ese muñequito negro que es apenas un bebé, pueda dirigir con la brida ese camello que es tres veces mayor que él?

El perro: —Claro, eso se ha visto siempre, pero es que están pasando cosas inquietantes. Yo me he enterado por uno de esos caballos que vienen por primera vez a esta casa pero que el año pasado sirvieron en otro lugar. Lo que cuentan es indigno; voy a llamar a uno de ellos para que te enteres.

(Guardián va presuroso a traer el caballo, en tanto que el pastor, ya alelado por la edad, conversa a solas. A solas no, porque le oyen y le responden).

El pastor: —¡El pobre Guardián! Es tan fiel y tan bueno, pero ya se va haciendo viejo como yo, por eso le producen tan mala espina todas las novedades. Si hubiera visto lo que yo, tendría más paciencia.

El árbol: —Como yo soy joven, no sé de qué hablas. (Disculpándose). Es la primera vez que estoy en un pesebre.

El pastor: —Y para ti será la última.

El árbol: —¿Cómo dices? ¿Por qué ha de ser la última?

El pastor: —No te dé pena. ¿Recuerdas dónde estabas ayer?

El árbol: —Claro. Ayer estaba en un matorral de los cerros. Era una rama de espinillo bien sujeta al tronco y llena de savia. Pero de allí me cortaron para que, en vez de rama allí, fuera un árbol aquí.

El pastor: —Y vas a pagar caro tu vanidad. Serás un árbol corpulento y me darás sombra por nueve noches. Después...

El árbol: —Después, ¿qué?

El pastor: —Más vale no conversar de ello. Dime, ¿era hermoso el monte?

El árbol: —Maravilloso y lleno de vida. Las lagartijas se abrigan bajo mi tronco y salían a ca-

lentar sus cuerpecillos verdes al sol de diciembre y los pajarillos tenían su nido entre nuestras ramas. Pero esto también es hermoso, sobre todo cuando encienden las velas de cera y todo el pesebre se llena de luz. Entonces me doy cuenta de mi importancia. Soy el árbol más grande y más fuerte de todos.

El pastor: —Consuélate con esa grandeza, y encariñate con el fuego de las luces desde ahora.

El perro: —Aquí está el caballo. Oyelo y sabrás qué cosas tan tristes cuenta.

El pastor (al caballo): —Acércate.

El árbol: —Que no se acerque demasiado. Los caballos gustan de despuntar con sus bellos las hojillas tiernas.

El pastor: —No te hará nada. Aquí, ante el portal, tan cerca del Niño Dios, nadie hace mal a otro. ¿Ves ese tigre? Camina apacible a dos dedos de mis recatales y a mí no se me da nada de ello porque sé que no los hará daño. ¿Ves esa paloma tornasolada? Está sobre el árbol de arrayán y ni siquiera picotea las pepitas rojas.

El árbol: Bueno, me tranquilizo. Pero como es la primera vez que yo...

El pastor (interrumpiendo): —Sí, ya sé. ¿Cómo te llamas tú?

El caballo: —El Retinto.

El pastor: —Bien, Retinto: ¿cuáles son esas cosas que tanto inquietan a mi perro?

El caballo: —Le contaba lo que ví el año pasado en otra casa en donde estuve.

El pastor: —¿También eres animal de pesebre?

El caballo: —Este año por primera vez.

El árbol: —Lo mismo que yo.

El caballo: —Antes era un pura sangre de carreras.

El pastor: —¿Cómo? ¿Entonces en esa otra casa no hacían pesebre?

El caballo: —No, allí eran muy modernos, muy al día. ¡Qué iba a haber allí pesebre!

El pastor (escandalizado): —Entonces, ¿no celebraban la Nochebuena?

El caballo: —¿La Nochebuena? ¿Qué es eso?

El pastor: —¡Hombre! Mejor dicho, ¡caballo! Pues la venida del Niño. El 24 de diciembre. El último día del Aguinaldo.

El caballo: —El 24 de diciembre. ¡Ah, sí! El día del Christmas Party.

El pastor: —¿El día de qué? Ahora yo soy quien queda admirado. Nochebuena y Navidad son palabras viejitas, tanto como el mismo idioma castellano. La que tú has dicho la oigo por primera vez.

El perro: —Ya te lo decía yo. Por fin me hallarás la razón. Ya no estarás tan tranquilo y sabrás que ocurren novedades.

El pastor: —Bueno, Retinto, y qué es eso del... ¿Cómo dijiste?

El caballo: —Pues es una reunión muy alegre al pie del árbol.

El árbol: —Eso me interesa. Ya ves, al pie del árbol.

El pastor: —¿De qué árbol?

El caballo: —Del árbol de Navidad: un pino de agujas, cubierto de nieve.

El pastor: —¿De nieve? ¿Pero cuándo se ha visto nieve aquí? Todo lo más un poco de escarcha, y eso en los páramos. ¿No es verdad, Espino?

El árbol: —Sí, un poco de escarcha que hace cristales en las ramas.

El caballo (muy seguro y suficiente): —No, escarcha no. Nieve. Nieve blanca en grumos y copos sobre las ramas del árbol. Y en las ramas del árbol, bombas de colores y los Christmas Gifts.

El pastor: —¿Los qué, dijiste?

El caballo: —Los presentes de Navidad.

El pastor: —¿Colgados del árbol?

El árbol: —Claro está, colgados de un árbol.

El pastor: —¡Vaya! ¡Qué cosa más simple! Los regalos de Nochebuena nunca cuelgan de un árbol. El mismo Niño Dios los trae, calladito, a las doce en punto de la noche, y los deja en el zapato que todos los niños han puesto debajo de la almohada.

El caballo: —No sea, eso es muy atrasado. Hoy los regalos, cuando se trata de una mansión elegante, o cuelgan del árbol, o los trae Santa Claus en su trineo.

Pastor: —¿Quién es Santa Claus? ¿Qué es trineo?

El caballo: —¡Caramba, si que eres ignorante! Claro, criado en un aprisco, entre las majadas, ¡qué vas a saber de la civilización! Santa Claus viene desde el Polo, en un trineo tirado por seis reños.

El perro: —¡Guáú! ¡Guáú! ¡Guáú!

El caballo: —¿Qué te pasa? ¿Qué es la cosa conmigo?

El pastor: —¡No alborotes, Guardián! Es que no le gusta oír nombrar animales que no conoce. ¡Qué cosas ve uno, o mejor dicho, qué cosas las que le cuentan! Pensar que hayan hecho huir al Niño Dios para que vengan unos reños llenos de frío, sin el calor de las pajas, sin la suave tibieza del aliento de la mula y del buey.

El caballo: —Es la costumbre inglesa. Yo la conozco, porque, como ya te dije, soy un caballo de carreras.

El pastor: —Muy bella debe ser esa costumbre en Inglaterra, pero acá —ya lo ves— tenemos las nuestras: el pesebre con el Niño Dios, la Virgen, la estrella, los Reyes Magos y los pastores. Si me vienen ganas, con todo y lo viejo que soy, de irme a explicar a los ingleses cómo son de tontos.

El caballo: —¿Y crees que te harían caso? (Riéndose, como saben reír los ingleses). ¡Buenos estarían ellos para ir a cambiarles sus tradiciones!

El pastor: —Y entonces, ¿por qué nos hemos de dejar quitar las nuestras? Tan tradiciones son las unas como las otras, y tan antiguas las de ellos como éstas.

El caballo: —En eso sí parece que llevas razón.

El pastor: —Mira, Guardián, y tú también, Espino, y tú, Retinto, por más caballo de carreras retrabado que seas. Aprovecharemos el 24 por la noche y a las doce en punto, que es la hora en que se le han de pedir todas las gracias al Niño Dios, los cuatro y todas las figuras, animales y cosas del pesebre: el lago de cristal, la estrella de plata, el río de estaño y los caminos de arena, nos inclinaremos, o nos levantaremos, según la condición de cada uno, para pedirle de todo corazón, con el alma en los labios, que no deje que nos quiten nuestra Nochebuena latina y criolla.

Que nos dejen para siempre nuestros aguinaldos, nuestra misa de gallo, nuestros buñuelos con miel y toda la alegría serena y dulce, tradicional y vieja de la Nochebuena.

